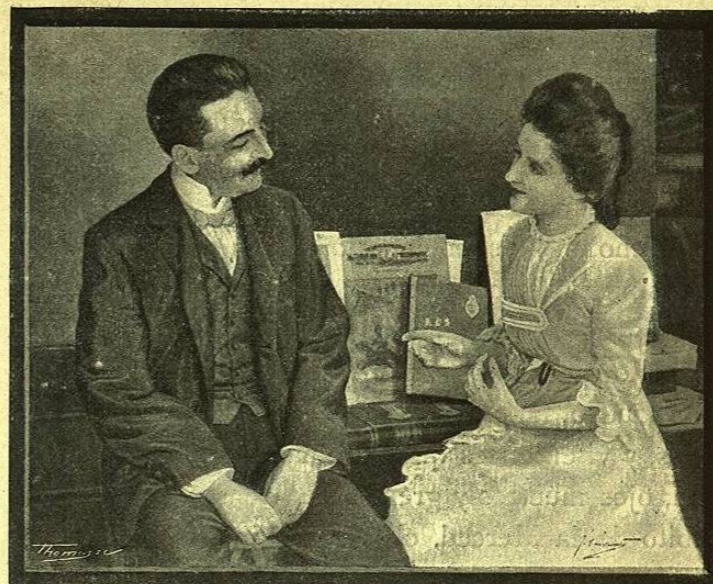


con que vino hacia mí? Basta con que lo diga y no lo ensaye. Este aire ya me había chocado la primera vez, y era que como la conocí de niña, sus modales y sus ideas de mujer forzosamente hablan de extrañarme; pero, de todos modos, á mí se me antojaba excesivo en una dama, juzgándola acaso con mi criterio de oso indomesticable. Nos sentamos, y cuando yo me aprestaba á defenderme de sus cargos por mi tardanza, ella, más lista y discreta que yo, me agradeció *el favor* de mi visita y puso todo su empeño en hacerme ésta tan grata que me quedaran ganas de repetirla.

No recuerdo bien lo que hablamos en un principio. De su marido, ni una palabra. De nuestros antiguos escarceos tampoco, naturalmente; pero aludió á ellos, sin duda, cuando en un arranque y á propósito de no sé qué frase mía, dijo sentidamente:

— ¿Qué sabe lo que se pesca la mujer á los diez y ocho años, Riquez? Impresiones y consejos mueven su voluntad, que es veleta que gira inconscientemente. Ni sabemos lo que sentimos, ni sabemos lo que deseamos y menos, ¡ay!, mucho menos lo que nos conviene. Y precisamente en este instante psicológico en que nuestro ser moral se halla, por decirlo así, en embrión, se nos presenta y se nos fuerza á resolver el problema más obscuro y difícil de la vida... Pues, créalo usted: lo resolvemos al buen tuntún, cerrando los ojos. Así sale después. Y no puede ser de otra manera. En aquel tiempo, yo ignoraba á qué lado caía el corazón...

Siguió por este tenor espontaneándose poco á poco, y sin dar nombres propios ni puntualizar hechos, se llamó muy desgraciada y lamentó que la experiencia



Nos sentamos, y cuando yo me aprestaba á defenderme de sus cargos por mi tardanza...

sea la letra á que el refrán se refiere que entra con sangre. Para un hombre de mundo, viuda que se aflige y llora es mujer que pide ser consolada; yo nunca he sido hombre de mundo, y guardé silencio ante aquellas muestras que tomé por arrepentimiento sincero y en cierto modo como satisfacción de sus rigores de antaño. Advirtió ella, sin duda, lo vidrioso del tema y lo abandonó para hablarme de nuestra malograda Isaura y de su madre.



— No la conocerá usted, Riquez. Dándole una prueba de confianza, voy á hacerle pasar: no la dejo ver más que de los parientes y de muy pocos amigos, de los leales.. Usted fué mi amigo y volverá á serlo... Venga usted.

Salimos del salón, que á mí me había parecido, ¡oh figador malévol que constantemente llevamos dentro!, algo marchito y con olor de avería ó hacienda trozada, y pasamos á un gabinetito en que un bulto blanco, hecho un lío sobre una dormilona de modo que no se distinguía forma apreciable, dejaba escapar algo así como gruñidos perrunos, de lo que se infería que era un bulto que vivía y se quejaba. Delfina puso en orden aquello, tal como se hace con los muñecos articulados, y vi entonces que era una persona de cara flácida, ojos muertos y greñas plateadas, vestida con el hábito de la Merced, el que, según todos saben, es blanco y lleva en el escapulario un corazón, creo, ó algo parecido de lana ó seda encarnada; este punto rojo en la blancura que la envolvía semejaba sangrienta herida por donde escapó el alma de misia Candela, que era ella la idiota; que si Delfina no lo dice, jamás lo creyera.

— Lleva tres años de estar así — añadió contristada — y en ella sólo alienta la vida animal: come bien, duerme bien, pero no anda, ni habla, y de pensar no sé yo que piense más que en pedir de comer. A mí me conoce por instinto, pues á nadie más conoce... ¡Mamá, mamá!, este es el señor Riquez, que al fin se ha acor-

dado de nosotros y viene á vernos; ¿te acuerdas del señor Riquez?, el sobrino de Tejera, mamá...

La infeliz paralítica me miraba con indiferencia, lo mismo que si delante la hubieran puesto un palo ó mueble ú objeto de los comunes. Ya, ya se necesitaba esfuerzo de memoria para recordar al Sr. Riquez, el sobrino de Tejera, que conoció de joven y de quien se permitía burlar dentro de su esponjado miriñaque. Dió nuevos gruñidos, y Delfina me dejó solo para traerla su papilla, que había que darla en la boca.

El corto rato que permanecí junto á aquel triste ser en ruinas fué suficiente para que se me ocurrieran desconsoladores pensamientos, y uno de ellos el de que mi viejo amor debía de hallarse como la señora de Daver se me representaba, y tratar de galvanizarle era empresa atrevida, de mucho riesgo y de dudoso éxito.

Volvió Delfina y la ayudé en su faena, que fué ponerle á la madre una servilleta á modo de babero, sostener su cabeza que le bailaba sobre los hombros, é introducir la cuchara en la boca, todo lo cual nos costó bastante fatiga y sin que pudiéramos evitar que la mitad del alimento lo escupiese fuera. Satisfecha, al cabo, se quedó dormida, y entretanto recogía Delfina los enseres y limpiaba tal cual chorretada de sopa, se excusaba conmigo del espectáculo nada grato que me ofrecía.

— Crea usted — interrumpí yo — que la compadezco de veras.

Eso, mi compasión era lo que ella quería despertar.



¡Conocía tan bien á D. Perfecto! Sabe Dios cuántas veces pensó en él en los días tristes de su castigada existencia, y cuánto diera por tropezarle como en la mañana gris que la casualidad la sirvió maravillosamente, tardía, pero segura y en la ocasión más apurada. ¡Y cuánto por poder escribirme hubiera dado también, sin faltar á lo que las conveniencias no permiten que se falte!

Como lo hizo de allí á dos días, no completos, y por propio que me trajo la carta con mucha urgencia. Yo, que, en verdad, me había enfriado mucho con lo que vi y sospeché en mi primera visita, recibí desagradable sorpresa ante su llamamiento para consultarme asuntos «que sólo á un amigo fiel se confían y cuya solución únicamente es capaz de conseguir un tan perfecto caballero.» Esto de *perfecto* me olió á mí como intencionada alusión al mote con que se me ha ridiculizado siempre y que en su pluma marcaba la convicción de que el redentor, el altruista que creo que se dice ahora, no dejaría de acudir á remediar los entuertos de la que amó románticamente bajo las cornucopias de Tejera, y en cierto modo podía pasar por su pariente; que si para éstos, los de calidad menesterosa, buena es la triple negación de Pedro, cuando de ricos ó poderosos se trata todos los medios de estrechar el lazo de familia se tienen por excelentes y necesarios.

Digo, pues, que hube de rendirme á la exigencia de Delfina, sin llegar á discutir conmigo mismo que bien

pudiera excusarme; porque quien, como yo, frescas aún las calabazas y sabedor de su malaventura, sentía lástima de ella y hermosos deseos de ponerla término, ahora que la sabía más desgraciada todavía y que ella me imploraba, ¿cómo había de negarla mi protección, fuera ó no fuera eficaz? Al contrario, mis instintos de bondad se alborotaron con el reclamo y fui allí sin saber á lo que iba, algo escamado en el fondo, pero decidido á probarla de qué clase de madera D. Perfecto estaba hecho.

Me recibió esta vez en un saloncito que debió de ser lujoso y mostraba sólo los restos del despacho de Maltán de Pablos, cuyo retrato al pastel, digno, por la facha del original, de formar pareja con cualquiera de los bufones célebres, colgaba solitario en la pared entre las obscuras señales que marcó la luz sobre el papel rojo y denunciaban la ausencia de otros cuadros que devoró la necesidad ó la usura. Delfina se colocó muy cerca de mí, puso un codo sobre la mesa, desnudando la cascada de encajes de la manga su brazo, que ofreció á mi admiración; peinado el ondulado cabello á la griega y despidiendo toda ella ese perfume afrodisíaco á que trasciende la hermosura mercante, pensé que para tan temprano duelo y asunto tan grave era mucha la gana de acicalarse.

¡Perdóneme Dios estas ideas á que daba lugar mi observación inconsciente! Peor, mucho peor me supo luego la conocida frase con que empezó:

— ¡Ay! ¡Qué pensará usted de mí!



Como lo que yo pensaba no había de decírselo, protesté de que me creyera capaz de juzgarla mal, y ella, pasando la bonita mano por los ojos, suspiró:

— Ya sé. Le conozco bien, Riquez, aunque tarde y con daño. Por eso le he rogado que viniera... ¡Y usted ha venido! Gracias, Riquez, muchas gracias.

Esperé en silencio. De nuevo la bonita mano acarició los ojos, los encajes cubrieron y desnudaron el brazo, el pañuelo arrastró la nube de polvos de arroz que blanqueaba la hermosa cara afligida.

— Pues mire usted, Riquez...

Tímidamente al principio, se animó por grados, y con dolor, con energía, con indignación me refirió lo que había sido su matrimonio con Maltancito: un infierno, desde el día primero hasta el último. Casada á ciegas, en parte por culpa de su edad insubstancial y principalmente por los consejos, empeños, reconven- ciones, amenazas y diario batallar de misia Candela, que dijérase sufría el castigo de su impremeditación, amarrada, amordazada é idiotizada por cruel enferme- dad, testigo inmóvil é impotente, no logró un minuto de paz en la compañía de aquel hombre vicioso cuya gracia, tan reída, fué la de contrariarla y torturarla siempre y de todas maneras... En fin, suprimiendo de- talles, que no hubo avenencia y á los ocho días se odia- ban como enemigos mortales. Para Maltán, que con- taba la calle por suya y el bolsillo del suegro por pro- pio, el remedio no estaba en Roma; pero para ella no existieron consuelo ni respiro mayores que las largas

ausencias del marido, á quien por mantenerle alejado D. Isaías estimulaba su saludable manía viajera. Aco- modados á este *modus vivendi*, lo pasaron medianamente hasta el 71, fecha de la muerte de D. Isaías...

Todo esto era viejo para mí y confieso que lo escu- ché distraído. Atendía más al gracioso manejo de sus manos, de sus ojos y de sus labios, que entre todos realizaban, en diabólica armonía, el juego de coque- tería más peligroso que se ha visto.

Muerto D. Isaías, como cuando se quita el puntal á una pared ruinosa, se derrumbó la casa entera sobre las dos infelices mujeres, que ignoraban tuviera los cimientos tan resentidos. Del susto, misia Candela se murió á medias; y entretanto, ella tuvo que hacer frente, sola y sin consejo, á la catástrofe y defenderse de la rapacidad de Maltán, que acudió desde los anti- podas á escarbar entre los escombros y llevarse lo que pudiera, ya que no los escombros mismos. Se lle- vó, en efecto, lo que pudo y lo que quiso, prometien- do no volver más y morirse fuera, lo cual había cum- plido, mientras para ella, que no entendió jamás de letras ni de números, se abrió la campaña de intere- ses, para la cual no disponía de otras armas que su debilidad y su ignorancia. ¡Ah!, se defendió á la des- esperada, arrojando por la ventana alhajas, cuadros, muebles y cuanto de valor había, y no arrojó las fin- cas porque la hipoteca en unas y la falta de la firma del marido y cien embrollos en otras se lo impedían; firmó también pagarés y fué engañada, expoliada, des-



conocida y hasta ultrajada por los amigos más antiguos, como Tejera, por ejemplo, que en su viudez y como síntoma repugnante de su senilidad, puso precio á su protección, viéndose obligada á tasar los alimentos, á disminuir la servidumbre, á suprimir modista y costurera, y á vender, ¡oh irrisión!, hasta los humildes frutos de una quinta que la quedaba libre...

Delfina rompió á llorar, ó al menos lo aparentó maravillosamente, y yo no supe qué hacer ni cómo consolarla. Son, para mí, las lágrimas el argumento más contundente, y no habiendo manera de consignar si son fingidas ó sinceras, como se sabe del diamante si es legítimo ó falso, mi entereza no resistió al espectáculo de aquellas gotitas cristalinas que esmaltaron el sedoso cerco de sus pestañas. No se desprendió la primera, y ya estaba yo más tierno que la jalea, dispuesto á darla cuanto me pidiese.

Pero ella no me pidió cosa alguna. Continuó gimiendo, entre los retazos de su relación aflictiva... Su lucha con los acreedores, ¿cómo pintarla? ¿Cómo pintar la ansiedad, el terror con que veía aproximarse la fecha de cada vencimiento? La espantosa danza de los números no la dejaba dormir, ni el desesperado alarde de buscar recursos, de buscarlos siempre, arriba, abajo, á la derecha y á la izquierda, cavando en el pozo de su insolvencia, cavando, cavando, y así cuanto más cavaba, más hondo se hacía y amenazaba tragarla. Para librarse de un judío de aquellos, había de reconocerse esclava de otro y al cambiar de acreedor cam-

biaba de tirano. Si á uno satisfacía, chillaban los otros; si á cada uno quería entregar una parte mínima, como fieras cuya voracidad se pretende engañar con pedacitos de carne y al olor de ésta se irritan, enseñando los colmillos y las zarpas, todos se disponían á estrecharla y ahogarla. Débil mujer, ¡no tenía defensa, no tenía un amigo que la aconsejara siquiera!

— Delfina — exclamé yo realmente compadecido, — aquí está el amigo que usted necesita. ¿En qué puedo yo serla útil?

— ¡Oh! Gracias, Riquez — contestó, espaciando las palabras como si sollozara. — ¡Gracias! Admiro su nobleza y su gran corazón. Porque, herido de mi torpe mano en su amor propio, quien menos se hallaba obligado era usted... ¡Gracias! Usted me aconsejará; usted, con su precioso talento de administrador que le ha permitido conservar y redondear su fortuna..., ¡todo se sabe, Riquez, todo se sabe!..., con ese talento envidiable pondrá orden en mi desbarajuste y hasta, estoy segura, hará el milagro de poner á flote mi casa naufragada. Yo no le pido á usted más que examine mis cuentas y me dé sus consejos. Le obedeceré á ciegas. Mándeme usted, Riquez...

Ya no lloraba y me turbó su mirada profunda, medio trastornado por el tufillo ese que he dicho. La pregunté si deseaba que examináramos las cuentas en seguida, y me contestó que sí, levantándose para buscarlas y volviendo con varios paquetes que desparrramó sobre la mesa, comenzando el arqueo con la